

UN MILAGRO (CASI) DESCONOCIDO

Camino de Benavente,
desde Puebla de Sanabria,
se desliza el río Tera
entre vados y tablas,
bañando la fértil vega
con sus cristalinas aguas.

En la mitad del camino,
y a siete leguas de ambas,
hay un pueblecito pequeño,
que Calzadilla lo llaman;
y como lo baña el Tera,
“De Tera” lo apellidaran.

Asomando a los linares
sus casas de tierra parda,
rematadas con adobes
sobre paredes de tapia.

Y mirando a la alameda,
una torre de espadaña, luciendo como zarcillos,
colgadas las dos campanas.

En mis recuerdos de niño,
era una torre tan alta
que la cruz de su veleta
en el cielo se clavaba.

En este pueblo pequeño
estaba la mejor posada
de todos los arrieros
de Benavente a Sanabria.

Y, al frente, una posadera
que “Repolla” la llamaban,
que cocinaba en las bodas
de toda aquella comarca,

y hacía de partera
de todas las que alumbraban.

Si dislocaban un hueso,
o cualquiera se “mancaba”,
la ti Antonia, la Repolla,
al punto se lo arreglaba.

Esta mujer singular,
no era alta ni era baja,

pero tenía un mirar
de hacendosa castellana
que rebosaba cariño
e infundía confianza.
Y como era mi abuela,
era de todas la más guapa.
Siete hijos le dio Dios:
uno se lo llevó la “parca”,
y otro quiso que no fuera
como las otras rapazas.
Que algunas veces a Dios
los ángeles se le escapan
y no cabe en sus cuerpos
la grandeza de sus almas,
aunque a nosotros parezcan
personas más retrasadas.

Una tarde del otoño,
cuando el sol se retiraba,
recogido tras los montes
por el Lago de Sanabria,
esta niña o este ángel,
sacó el caldero y la cántara
junto al pozo de la abuela
donde niñas y muchachas
hacían la última ronda
en la recogida de agua.
Ni siquiera pidió el turno;
ató el mandil a la espalda
y, tatareando una copla,
la vieron que se alejaba.
Nadie supuso que al monte
sus pasos encaminaba.
Y nadie sabrá tampoco
la fuerza que la impulsara:
si correr una aventura,
o rezar una plegaria
pidiendo perdón al cielo,
si del cielo se escapara,
a jugar a ser mujer
ya mujer desengañada.

Cayó la tarde de prisa,
como cae en la otoñada,
y terminó la cadena
de chirriar su serenata,
dejando de centinela
colgado el cubo del agua
apretado a la polea
como collar de garganta.
También se fueron las risas
de las últimas muchachas
repitiendo el soniquete
del “adiós” o “hasta mañana”.
Y junto al pozo, vacíos,
como pequeños fantasmas,
la cántara y el caldero
que recogió tía Santa
cuando la mandó abuela
que llamase a su hermana.
Esta regresó diciendo
que no estaba Gala.
La abuela dejó nerviosa
el pote junto a las brasas.
Gritó su nombre con fuerza
en la puerta de la casa.
Y ni el eco respondió
a su angustiosa llamada.
Todos los arrieros,
que llenaban la posada,
corrieron hacia la calle
aprestándose a buscarla,
que todos la conocían
y todos la apreciaban.
La noticia fue corriendo
pueta a puerta, casa a casa,
y el pueblo todo salió
a ver lo que allí pasaba.
Los más, hacia la laguna
sus pasos encaminaban.
Unos gritaban su nombre,
otros cogieron sus “cachas”
y, camino de los robles,
comenzaron a buscarla.

Tocó el campanín tres veces
Don Máximo desde casa,
y a la Ermita con las llaves
salió corriendo ya Braulia:
que la Virgen de la O
era la mejor guardiana
para que nada en el monte
a la niña le pasara.
Antes de que la Ermita,
con las llaves destrancara,
con el libro entre las manos
llegaba ya otra hermana.
El libro CAMINO RECTO
es el libro que llevaba
y el responso a San Antonio
con fervor lo recitaba.
Ella estaba bien segura
que todo lo que “arresponsaba”
su San Antonio bendito
todo lo solucionaba.
La Virgen desde el altar,
con cariño la miraba.
Y ella le pidió a la Virgen
que a San Antonio ayudara.
Cerró la noche sus puertas;
se durmieron las campanas,
y, solas, junto a la Virgen,
unas velas alumbraban.
Retumbó en “Candemayuelo”
el último GALA!, GALA!
Y los robles amarillos
lo prendieron en sus ramas
para repetir su eco
hasta que apuntara el alba.
Se retiraron las gentes
esperando la mañana,
y se fueron apagando
los candiles en las casas.
Sólo en casa de abuela
las luces no se apagaban.
Y se rezaban rosarios
y se enjugaban las lágrimas

que, hasta los más optimistas,
la noche les asustaba,
que no es fácil a una niña
jugar con las alimañas.

Y hacía sólo una tarde
que al venir por la “Llanada”,
habían visto los lobos
corriendo por la escampada.

Muchos de los arrieros
ya no llenaron sus “sacas”,
y en el escaño sentados
dieron una cabezada
y hasta rezaron algunos
que tiempo ha que no rezaban.

Pasó la noche despacio,
muy despacio en la posada,
y entre misterio y misterio
la hora se preguntaban,
mientras que el abuelo Juan,
roto sobre la ventana,
esperaba ver el lucero
que llaman aquí “del alba”.

Se rompió por fin la noche
de tanto rezo cansada,
y comenzaron la luces
a prepara la alborada...
y a despertarse las gentes,
y a correr a la posada,
donde en pequeño concejo
mil propuestas se barajan.

Al fin se hicieron tres grupos,
que todo el monte rastrearán.

Uno, el más numeroso,
que el abuelo encabezaba,
por la cuesta del “Sobradillo”
abrió de prisa su marcha.

El que iba por “Las Cañadicas”
tío Manuel lo mandaba;
y otro grupo más pequeño
subió hacia la “Cañada”,
por si tal vez a la “Dehesa”

la niña se encaminara,
que hacía tan sólo unas fechas
que en la Dehesa vendimiaran.
Subieron los “Lambederos”,
cuando ya bien clareaba,
pasaron “Valdeferreras”
y la “Orrieta La Majada”
y por el “Pico la Virgen”
subieron hacia la chana,
donde ya tío Manuel
también se aproximaba.
Y retrocedieron juntos
por el camino que baja
desde la carretera que
por Mombuey va a Sanabria.
Los que fueron a la Dehesa
un poco más se retrasan,
que fueron hasta otra Ermita
a rezar una plegaria
a la Virgen que en Olleros
de la Agabanzal la llaman.
Nadie vio señal alguna
que sus pasos delatara,
y empezó a cundir el miedo
y a perder las esperanzas
de que la niña con vida
alguien pudiera encontrarla.
Transcurrió triste la tarde
entre rezos y entre lágrimas.
Y llegó otra vez la noche
vestida de negra capa,
con presagios de tragedia
perdida toda esperanza.

Antes de apuntar el día
hay ya luz en la posada,
y su hermana de rodillas
otra vez la arresponsaba.
Apenas la luz del día
por los tejados clareaba,
otra vez el campanín
a la Ermita los llamaba.

Estaba llena la Ermita
cuando la misa empezaba,
y antes del *INTROIBO*,
como entonces comenzaba,
a la Virgen de la O
le dirigió este plegaria:
“Era una niña, Señora,
una niña de alma blanca,
sólo tú puedes hacer
que aparezca sana y salva”.
INTROIBO AD ALTARE DEI,
Don Máximo continuaba,
y el ti Antonio, el Tabuyo,
en latín le contestaba.
Y finalizó la misa
y la abuela y las hermanas
subieron hacia las eras
donde el monte se avistaba,
que al que cree es muy difícil
perder las esperanzas.
Al llegar a la laguna
el sol dejaba sus sábanas
y se subía en el carro
de una límpida alborada.
Miró la abuela hacia la cuesta,
que en los robles se empinaba,
y quiso ver en el camino
una niña que bajaba.
Se le cerraron los ojos,
llevó el mandil a la cara
y se restregó con fuerza
las lágrimas que asomaban.
María, Felicidad,
tú, Sinforosa, Santa,
veis en la cuesta la niña
o estoy yo viendo un fantasma?
Corrieron la cuesta arriba;
era sin duda su hermana.
Y abrazaron a la niña
y le besaron su cara.
Y quedaron sorprendidas
cuando vieron que llevaba

limpios, limpios los vestidos
y estaba recién peinada
con un peinado que, antes,
nunca ellas recordaban.

- Dónde has pasado estos días?,
la abuela le preguntaba...

Ella reía contenta
y sólo le contestaba:
“Había un señor viejito
con una barba muy blanca,
y estaba conmigo un perro,
y una Señora muy guapa...
y el perro me defendía
de los perros que pasaban”.

Dinos quién te peinó así,
y quién te lavó la cara?.

- “La Señora me lavó
y el perro le trajo el agua”.

Nunca pudieron saber
dónde esas noches pasara.

Nunca pudieron saber,
por más que le preguntaran,
si no conocía a aquel hombre
y a la “Senora tan guapa”.

Han pasado muchos años.
Nadie recuerda a tía Gala...
Sólo me habló del milagro
la hermana que la “arresponsara”
y, algunas veces, la abuela
dejaba ver una lágrima
cuando, diciendo mi nombre,
a su hija recordaba.

Galo Sastre Martínez

Por la transcripción: *Juan Manuel Fernández Martínez*

Recuerdo que cuando le di a mi tío Manuel, hermano de mi tía Gala, esta narración poética de lo que sucedió allá por los años 20 del siglo pasado, se le cayeron las lágrimas lleno de emoción. La única vez que vi correr lágrimas por su rostro en los 25 años que conviví con él.